

Introducción

José Pérez Adán, Universidad Libre internacional de las Américas, ULIA

Una vez, hace muchos años en un país distante, un profesor dijo en clase: «si Cristo revela el hombre al hombre mismo, María es la reveladora de la sociedad; no hay sociedad que pueda etiquetarse como genuinamente humana si no incorpora como meta colectiva lo que María ha regalado al mundo». Este libro trata de hacer honor a esas palabras en un tiempo en el que pueden entenderse más cabalmente que en el momento en que quien escribe las oyó por primera vez.

El enfoque, la perspectiva y el lenguaje que usamos primordialmente a lo largo de las diversas contribuciones de este texto es el propio de las ciencias sociales en sentido amplio. Intentamos marcar la diferencia con otros modos de discurrir y particularmente con los enfoques más propiamente especulativos en el sentido de que tomamos como referencia primordial los datos de la experiencia histórica humana alumbrados en este caso por lo que la ciencia teológica nos dice de María. Partimos de la reflexión sobre nuestro momento histórico, un tiempo de crisis cultural y de replanteamiento intelectual devenido de lo que podemos llamar la crisis de la modernidad.

Hoy en día nos planteamos o replanteamos nuestra situación en el devenir. Se habla de nuevas racionalidades y de la crisis de sentido que abarca las más diversas manifestaciones de la experiencia humana. La misma comprensión de lo humano está sujeta a discusiones y planteamientos novedosos que al mismo tiempo que procuran entender el tránsito de unos presupuestos culturales a otros inciden sobre manera en la interpretación que hacemos de nosotros mismos, dejando un halo de inseguridad y contingencia que preocupa a algunos. El debate está particularmente vivo si nos referimos a los fundamentos del derecho, de la economía o de la política, con especificidades propias en temas de particular relevancia pública como los nuevos derechos, la educación o el mercado.

Para nosotros, los coautores del libro, una sociología mariana supone iluminar la comprensión de lo social humano con la distinción que María aporta entre perfección y decadencia. Si la santidad de María se proyecta en sus vínculos relacionales, en su estar en el mundo, en sus decisiones y actitudes de cara a los demás, ello nos enseña y transmite una riqueza, una salud y un canon de humanidad del que no podemos prescindir a la hora de comprendernos como colectivo. La suerte es que al bucear en el comportamiento mariano encontramos pautas y propuestas que nos parecen tremendamente interesantes a la hora de calibrar nuestras elecciones de futuro. Y nos referimos en concreto a las elecciones grupales dando por supuesto la guía que la figura de María puede suponer para la mejora personal.

Parte importante de nuestras reflexiones inciden sobremanera en uno de los temas estrella del debate intelectual moderno, cuales son las relaciones de género. Pero también obtenemos presupuestos y bagaje para alimentar e ilustrar los debates contemporáneos sobre las relaciones entre poderes o acerca de la conformación de cánones o jerarquías. Ciertamente los dos más claros peligros para

el avance del saber son la confusión entre lo importante y lo accesorio y el ocultamiento o borrado de la línea que separa la distinción de contrarios. En esto María es de gran ayuda.

María se nos presenta, y al menos así queremos reflexionar sobre su figura aquí, como un espejo de reconocimiento seguro. La conclusión que avanzamos es que mirándonos en ella nos reconoceremos como humanos que viven con otros humanos conformando entre todos una unidad que al tiempo nos explica a cada uno. María, en este sentido, nos asegura en el realismo. Y veremos que, aún lo estudiemos con desapego, no podemos apuntar a ser otra cosa que marianos si a la postre no queremos dejar de ser humanos.

Una de las lecciones que la llamada crisis de la modernidad nos ofrece es que no hay que dar por segura la puerta que pensábamos haber cerrado a nuestra deshumanización. A nivel societario no parece ser suficiente la experiencia histórica, que no es más que una memoria no sentida, para prevenir recurrentes decadencias. Eso que llamamos espíritu o ánima ha de estar presente para vivificar las experiencias, tanto individuales como colectivas, y en el caso de estas últimas con más razón pues a diferencia de en las individuales el presupuesto de la unidad y la sintonía se hace aquí necesario e ineludible.

Por eso, cuando nos preguntamos en torno a qué presupuestos podemos sentir el alma de la sociedad que transita en el discurrir de generaciones, no podemos soslayar el sustrato espiritual que conforman aspiraciones trascendentes. Éstas apuntan a metas comunes, ilusiones compartidas y tradiciones seleccionadas que han conseguido sobrevivir la criba de la historia. En definitiva ello es lo que conforma eso que en nuestra secular tradición cultural hemos llamado humanismo.

Desde esta perspectiva miramos a María como icono de un viejo humanismo que paradójicamente esconde tesoros que están

todavía por descubrir. La pintura que contemplamos es como una obra de arte fuera de estudio desde ciertos ámbitos que promete descubrirnos las claves de un saber escondido aplicando los mecanismos novedosos aportados por nuevas técnicas. La empresa puede parecernos original pero no es del todo descabellado pensar que una *sociología mariana* puede desvelarnos claves que pueden sernos muy útiles e incluso necesarias para afrontar los retos que como sociedad, y también como Iglesia, nos depara el fin de la modernidad.

En estas lindes nuestro trabajo no podía aspirar a ser solo descriptivo. Por eso, aun haciendo fuerza de contención para no transcurrir a la aventura por un terreno desconocido, hemos decidido incluir también ciertos aspectos propositivos que nos han parecido claros y suficientemente calibrados. La *sociología mariana* que aquí argumentamos es una apertura a ulteriores trabajos que esperamos puedan labrar con el conocimiento y la orientación que ahora ofrecemos caminos más amplios y seguros para la introspección social.

En el primer capítulo sobre género y religiosidad con las reflexiones de la profesora Garibo nos preguntamos si son las mujeres más religiosas que los varones y si ello tiene algún tipo de repercusión como el que pudiera derivarse de pensar que para salvarse el varón debe renunciar a parte de una masculinidad asumida históricamente. Partiendo de la oposición entre sexo y género tal y como se estudian en las ciencias sociales tratamos de reflexionar sobre si es posible proponer un tipo ideal de equilibrio genérico religioso con el que alcanzar un mayor progreso social.

El paradigma virtuoso mariano centra el tema del segundo capítulo elaborado por el profesor Javier Aznar y la profesora Ana Belén Álvarez. Se supone que hay valores masculinos y femeninos tal y como la historia y la cultura los ha construido para nosotros. Recibimos en este sentido una propuesta genérica diferenciada que

a cada generación le toca adaptar a su tiempo. Esto, que se dice de los valores quizá podría aplicarse también a las virtudes y si ello es así, ¿hay virtudes que podemos calificar de marianas y que podamos ordenar en una jerarquía propositiva como óptimas o saludables?

Los profesores Carabante y Gómez Pérez tratan en el capítulo tres las feminidades teóricas y prácticas en la propuesta cristiana. Por un lado reflexionan sobre la importancia de la mujer en la confección de la perspectiva cristiana y los aportes señeros que han hecho las mujeres a la configuración y desarrollo de la ciencia teológica. Por otro alumbran interesantes planteamientos sobre el rol femenino en la Iglesia.

El capítulo cuatro, del profesor Javier Aznar, es sobre María y el religamiento. La constatación empírica del religamiento, que se da al tiempo con la secularización tiene una de sus máximas expresiones en la devoción mariana. Nunca antes los santuarios marianos han sido tan visitados como ahora. Repasamos hasta qué punto ello es así e intentamos explicarnos por qué y cómo.

En el capítulo cinco sobre María y la representación católica de la perfección, en compañía del profesor Luis Fernando Parra, teólogo laico y profesor, examinamos algunas de las virtudes sociales que tanto en las fuentes de la revelación como en las propuestas de santidad la devoción mariana se han concretado a lo largo de la historia. Veremos su valor y la enseñanza que encierran para el mundo actual.

Con la profesora Eva Pons nos proponemos pensar en el tema seis sobre si el constatable auge de la devoción mariana es una respuesta a las carencias modernas. Centrados en el estudio del servicio como antinomia del beneficio, uno de los pilares fundamentales del paradigma capitalista, nos preguntamos si añoramos el servicio que encontramos representado en la espiritualidad mariana. Más allá, nos planteamos si el autodomínio es una manifes-

tación o una negación de poder y qué consecuencias tiene ello para la consolidación o negación de la cultura del descarte.

En el tema siete, el profesor Javier Ros hace una reinterpretación weberiana del ethos católico tomando como guía la cuestión de hasta qué punto es racional y moderno el culto a María y en qué medida puede proponerse o no como una salida racional y óptima a la crisis social que plantea el fin de la modernidad.

Por último, en el capítulo ocho la profesora María Alicia Reale estudia a María como fenómeno comunicativo. Reflexiona sobre algunas propuestas de visibilidad mariana en la estructura eclesial y también aborda la cuestión de cómo podemos hacer más mariana la imagen que la Iglesia da de sí misma, que es una forma de, se apunta, confirmar su credibilidad.

Este libro cuenta con autores de muy variadas procedencias pero con una común sensibilidad acerca de la importancia del fenómeno religioso en la conformación de un óptimo paradigma convivencial. Parte importante en la apuesta por defender convivencias enriquecedoras que mejoren la sociedad en que vivimos es la superación de atavismos totalitarios, desgraciadamente todavía presentes en la academia. Hemos de superar la herencia de pasadas disputas culturales que pretendían imponer qué asuntos y temas pueden ventilarse en el ámbito público y cuáles otros deben ser vetados. Afortunadamente los intentos de proscribir la experiencia religiosa de los foros de discusión y reflexión social es cosa del pasado, pero todavía hay quienes repiten viejas consignas excluyentes al argüir que la etiqueta pública debe de estar vetada a los que piensan que la creencia es compatible con la ciencia.

Algunos de los que colaboramos en este emprendimiento hemos tenido que defender nuestra libertad de pensamiento y expresión de resquicios totalitarios todavía presentes en ciertos entornos universitarios. Afortunadamente la era de los monopolios en el discurso público toca a su fin. Hora es que las manifestaciones

sociales de la vida religiosa se estudien y acepten con normalidad en el ámbito académico esperando que el resultado de estos estudios arroje luz para la comprensión de los interrogantes que tiene planteado el futuro de nuestras sociedades.

Este es genuinamente un libro colectivo. En la labor de edición y coordinación han participado todos los autores y el editor ha intervenido en los diferentes contenidos haciéndose responsable de los fallos que puedan detectarse. Las virtudes son en todo caso adscribibles al buen hacer y saber de los respectivos autores.